

## ¿Una historia mitificada por juicios evemeristas o un hecho legendario ocultador de la historia? Exégesis de la Serrana de la Vera

### I. ¿HISTORIA O LEYENDA?

Hace años, Julio Caro Baroja, buen conocedor y gran estudioso de los aspectos etnológicos de Extremadura, aconsejaba a los investigadores de la región a analizar, desde un punto de vista distinto a lo normal, la figura de *la Serrana de la Vera*: su probable origen mítico<sup>1</sup>. No parece que la recomendación fuera tenida mínimamente en cuenta, como puede desprenderse del hecho de que posteriores trabajos sobre la Serrana siguen incidiendo en su carácter historicista únicamente<sup>2</sup>.

Un escritor de la comarca de la Vera, don Gabriel Azedo de la Berrueza, publicaba en 1667 un libro titulado *Amenidades, florestas y recreos de la provincia de la Vera Alta y Baja, en la Extremadura*<sup>3</sup>. En él se recogía por primera vez, en romance, la de *historia* aquella fantástica mujer, el que ahora va a servirnos para adentrarnos en la personalidad de la protagonista:

1 '¿Es de origen mítico la Serrana de la Vera?', en *R.D.T.P.*, II, 1946, pp. 572 ss.

2 De estos trabajos iré dando cuenta a lo largo del estudio.

3 Fue publicado en Madrid por Andrés García de la Iglesia y a costa de Juan Martín Merinero.

Allá en Garganta la Olla, — en la vera de Plasencia,  
salteóme una serrana, — blanca, rubia, ojimorena.  
Trae el cabello trenzado — debajo de la montera,  
y porque no le estorbara — muy corta la faldamenta.  
Entre los montes andaba — de una en otra ribera,  
con una honda en sus manos — y en sus hombros una flecha.

Tomárame por la mano — y me llevara a su cueva:  
por el camino que iba — tantas de las cruces viera.  
Atrevíme y preguntéle — qué cruces eran aquellas,  
y me respondió diciendo — que de hombres que muerto hubiera.  
Esto me responde, y dice — como entremedio risueña:  
—Y así hare de ti, cuitado, — cuando mi voluntad sea.  
Díome yesca y perdernal — para que lumbre encendiera,  
y mientras que la encendía — aliña una grande cena.  
De perdices y conejos — su pretina saca llena,  
y después de haber cenado — me dice: Cierra la puerta.  
Hago como que la cierro — y la dejé entreabierta:  
desnudóse y desnudéme — y me hace acostar con ella.  
Cansada de sus deleites — muy bien dormida se queda,  
y sintiéndole dormida — salgóme la puerta afuera.  
Los zapatos en la mano — llevo porque no me sienta,  
y poco a poco me salgo — ya camino a la ligera.  
Más de una legua había andado — sin revolver la cabeza,  
y cuando mal me pensé — yo la cabeza volviera.  
Y en esto la vi venir, — bramando como una fiera,  
saltando de canto en canto, — brincando de peña en peña.  
—Aguarda (me dice), aguarda, — espera, mancebo, espera,  
me llevarás una carta — escrita para mi tierra.  
Toma, llévala a mi padre, — dirásle que quedo buena.  
—Enviadla vos con otro, — o sed vos la mensajera<sup>4</sup>.

En nota aclaratoria a su romance, Azedo indicaba que era tanta la fama de esa mujer que «apenas hay persona que no cante el antiguo romance de su historia»<sup>5</sup>. Pero no sólo el pueblo se hacía lenguas del asunto, sino que también algunos dramaturgos de aquella época busca-

4 M. Menéndez y Pelayo, 'Obras de Lope de Vega publicadas por la R.A.E.', II, en *Crónicas y Leyendas de España*, 6.<sup>a</sup> ed., Madrid 1901, p. XI; V. Barrantes Moreno, 'La Serrana de la Vera', en *Narraciones Extremeñas*, Madrid 1872, pp. 15 ss.

5 M. Menéndez y Pelayo, *op. cit.*, pp. X-XI.

ron en el mismo tema argumento para sus comedias. Tal ocurrió con Lope de Vega y con Vélez de Guevara.

Lope se encontraba en Alba de Tormes a finales del siglo XVI. Desde allí realizó algunos viajes a Extremadura y estas correrías inspiraron varias de sus obras: *Los Chaves de Villalba*, *La Serrana de la Vera* y *Las Batuecas del Duque de Alba*. Por lo que respecta a esta última, ya hace años realicé un estudio en el que demostraba cómo la comedia de Lope de Vega fue capaz de convertir una fábula en una «historia» auténtica y aceptada como tal historia por sus contemporáneos<sup>6</sup>.

Todo obliga a pensar que el dramaturgo conoció perfectamente el romance que apunta Azedo. Este, junto con algunas cancioncillas existentes sobre el mismo tema, de las que luego hablaré, sirvieron de base a la comedia, aderezada lógicamente con la imaginación del autor. Su *Serrana*, que aparece citada en la primera lista de *El Peregrino*, es anterior a 1603, aunque su publicación no tenga lugar hasta el año de 1617<sup>7</sup>. Lope desarrolla el romance de una forma tan caprichosa que acaba desvirtuándolo. Leonarda es el nombre de la protagonista de su comedia. Pertenece a una ilustre familia de Plasencia, ciudad próxima al lugar de sus correrías. A consecuencia de un desengaño amoroso, la hermosa doncella huye a las sierras de la Vera, instalando su morada cerca del camino real a Talavera. Amparada en la fragosidad de los montes, comete una serie de atentados. No tardará en prenderla la justicia. Termina la trama con el perdón de la arrepentida mujer y con el consiguiente casamiento.

*La Serrana de la Vera* de Vélez de Guevara, según un importante estudio llevado a cabo por Menéndez Pidal, no es anterior a 1613<sup>8</sup>. Por consiguiente, es de suponer que el escritor conocía tanto el romance como la obra de Lope de Vega, lo que le llevaría a tratar su drama de manera diferente, acercándose un poco más a la tradición y a una acción más verosímil y acorde con la línea del romance. Gila se llama la serrana de Vélez, y es natural de Garganta la Olla. Esta mujer posee una serie

6 J. M. Domínguez Moreno, 'La leyenda de Las Batuecas', en *Revista de Folklore*, VI, 1 (Valladolid 1986), 173-178.

7 M. Menéndez y Pelayo, *op. cit.*, p. IX.

8 'La Serrana de la Vera', publicada por Luis Vélez de Guevara', en *Teatro Antiguo Español. Textos y Estudios*, I, Madrid 1916, pp. 125 ss.

de atributos varoniles, por los que es famosa en toda la Vera. Ningún hombre se atreve a competir con ella en los deportes rurales: caza, carreras de caballos, saltos, lucha, lanzamiento de barras, etc.<sup>9</sup>. Ella presume de su hombría, como puede apreciarse en algunos fragmentos de la obra. Tal es el diálogo que mantiene con el capitán seductor, al que dice:

*Si imagináys  
que soy (mujer), os enganáys,  
que soy muy onbre*<sup>10</sup>.

O aquel otro diálogo con su prima Madalena:

—*Erró la Naturaleza,  
Gila, en no hacerte varón.  
—!Ay, prima!, tienes razón*<sup>11</sup>,

y también en el momento en que, al tomar la espada, exclama convencida:

*Muger soy sólo en la saya*<sup>12</sup>.

La Serrana es bella en extremo y su agraciada figura no tarda en llamar la atención de un capitán que se aloja en casa de su padre Giraldo. El militar la seduce y posteriormente la abandona. El desdén hace que la aldeana trame con frialdad una venganza contra el seductor, venganza que hace extensible a todos los hombres:

*Y guárdense de mí todos  
quantos onbres tiene el suelo  
si a mi enemigo no alcanzo,  
que hasta matarlo no pienso  
dexar hombre con la vida;  
y bago al zielo juramento*

9 Vv. 130-160 y 839-856.

10 Vv. 350-352.

11 Vv. 659-661.

12 Vv. 773.

*de no bolber a poblado,  
de no peinarne el cabello,  
de no dormir desarmada,  
de comer siempre en el suelo  
sin manteles, y de andar  
siempre al agua, al sol y al viento,  
sin que me acobarde el día  
y sin que me venza el sueño,  
y de no alzar, finalmente,  
los ojos a ver el cielo  
hasta morir o vengarme*<sup>13</sup>.

Gila escapa al monte. Durante su estancia en él, Vélez sigue fielmente el romance. Al igual que Lope de Vega, pone en boca de un caminante los primeros versos de éste:

*Allá en Garganta la Olla,  
en la Vera de Plasencia...*<sup>14</sup>.

Es de hacer notar que la obra de Vélez coincide con el romance en cuatro puntos claves: 1) los homicidios de Gila; 2) la pregunta del caminante sobre las cruces que se topan en el camino; 3) la escapada de Mingo y el descubrimiento de la cueva de Gila, y 4) el apresamiento y muerte de la Serrana<sup>15</sup>. En la mayoría de las versiones del romance (Menéndez Pidal conocía veintidós), éste termina con la persecución por parte de la Serrana del fugitivo, y sólo en algunos se deja entrever el temor de la mujer a ser descubierta<sup>16</sup>.

Por lo que respecta al punto cuatro, constatamos que ese fatídico final no se da en los romances más conocidos, como son los de Azedo, Menéndez Pidal, María Goyri<sup>17</sup> y otros. No obstante, existen variantes,

13 Vv. 2134-2150.

14 Es el comienzo de algunos de los romances.

15 R. Menéndez Pidal, *op. cit.*, pp.136—137.

16 B. Gil, *Cancionero Popular de Extremadura*, II, Badajoz 1956, p. 33; J. A. Cid, 'Romances de Garganta la Olla', en *R.D.T.P.*, XXX (1974) 484-486; V. Gutiérrez Macías, 'Una mujer legendaria: La Serrana de la Vera', en *Mujeres Extremeñas*, II, Salamanca 1977, pp. 244 ss.

17 'Romances que deben buscarse en la tradición oral', en *RABM*, XIV (1907) 69.

como las recogidas en Murias, Saldaña, Reinosa y Salceda (Polaciones), en las que sí se presenta la muerte trágica de la Serrana. En Murias y Saldaña, el verdugo es un «lindo muchacho» que

... con un fuerte puñal  
le ha cortado la cabeza<sup>18</sup>.

En el caso de Polaciones, el ejecutor usa un arma más moderna:

Setecientos de a caballo  
no se atrevieron con ella,  
si no es un paje valiente  
por arrodeos que lleva;  
le tiró un carabinazo,  
la serrana cayó en tierra,  
le tiró un carabinazo,  
la serrana muerta queda<sup>19</sup>.

El hecho de que Vélez haga a la Serrana merecedora del cruel castigo evidencia que el autor conocía versiones del romance semejantes a las que he señalado en último lugar, y posiblemente cancioncillas referentes al mismo asunto. Caro Baroja, en un excelente trabajo sobre *la Serrana de la Vera*, da cuenta de fragmentos de cantares perdidos tanto en la comedia de Lope de Vega como en la de Vélez de Guevara<sup>20</sup>. Hoy podemos asegurar la existencia de estos cantos sueltos en los siglos xv, xvi y xvii, coexistiendo con la ya aludida forma romanceada. De todas maneras, el primitivo romance de la Serrana puede considerarse como de transición entre los populares y los vulgares, siendo uno de los más antiguos de bandidos y facinerosos, que posteriormente abundarían en la poesía vulgar castellana y catalana. Sin embargo, su forma primitiva no parece haber sido la de romance, sino la de serranilla al modo de Juan Ruiz o del marqués de Santillana. En este caso, según Menéndez y Pelayo, la leyenda no tendría en un principio el carácter con que se presenta en el romance, sino un sentido más amatorio y picaresco<sup>21</sup>, punto

18 N. Alonso Cortés, *Romances populares de Castilla*, Valladolid 1906, p. 33.

19 J. M. Cossío, *Romances de tradición oral*, Buenos Aires 1947, pp. 107 ss.

20 J. Caro Baroja, 'La Serrana de la Vera o un pueblo analizado en conceptos y símbolos inactuales', en *Ritos y Mitos equívocos*, Madrid 1974, pp. 289-290.

21 Op. cit., p. XII.

que personalmente no comparto, ya que las antiguas serranillas narran el encuentro de un caminante con una mujer montaraz que se presenta indistintamente como guadora por los senderos y como salteadora<sup>22</sup>.

Las primeras descripciones de una serrana en lengua romance son las *Cantigas de Serrana*, del Arcipreste de Hita. En ellas nos topamos con el retrato decepcionante y repulsivo de este tipo de mujer, al tiempo que advertimos en esas serranas las siguientes cinco características determinantes:

1. Viven en la montaña, y por sus pasos y vericuetos, que conocen perfectamente, guían a los viajeros, pero sólo cuando les apetece.
2. Son gigantas dotadas de prodigiosa fuerza, contrastando con la de los hombres normales, que a su lado parecen niños.
3. Se presentan armadas de bastón o garrota.
4. Son interesadas y lúbricas, obligando a pagar sus servicios al viajero, sea del modo que sea.
5. Representan el polo opuesto de unas zagalas bellas y delicadas; son monstruos de fealdad.

Sin grandes esfuerzos hallamos unas claras connotaciones entre las serranas del Arcipreste y la Serrana de la Vera, así como entre estas dos y la *Silvática* de la literatura popular del Medievo europeo:

1. La Serrana de la Vera vive en el monte, en las proximidades de Garganta la Olla. La tradición señala su morada en una cueva sita en la Sierra de Tormantos:

Allá arriba en aquel alto,  
en aquellas altas sierras,  
se pasea una serrana,  
una serranita fiera<sup>23</sup>.

La sierra no tiene secreto alguno para ella, y por los caminos intrincados, que conoce al dedillo, lleva a los caminantes perdidos hasta su morada:

22 R. Menéndez Pidal, *op. cit.*, p. 243.

23 N. Alonso Cortés, *op. cit.*, p. 69.

*Tomárame por la mano  
para guiarme a su cueva;  
no me lleva por caminos  
ni tampoco por veredas,  
sino por un robledal arriba  
espeso como la hierba*<sup>24</sup>.

2. Tanto Lope de Vega como Vélez de Guevara han insistido en la enorme fuerza de la Serrana<sup>25</sup>. En una cancioncilla de origen popular que inserta el primero de los dramaturgos apreciamos la fortaleza de esa mujer al compararla con la de un hombre, al que vence en buena lid:

*Luchando a brazo partido,  
rendime a su fuerza extraña,  
junto al pie de la cabaña*<sup>26</sup>.

No parece ir a la zaga la Serrana de la Vera de aquella otra serrana del puerto de Lozoya que llevara a cuevas al Arcipreste de Hita como «a zurrón liviano». Queda su gran vigor determinado, como señalan numerosos romances, especialmente los recogidos en Garganta la Olla<sup>27</sup>, sobre todo por el uso que hace de una honda, con la que arroja piedras de «arroba y media»:

*Una honda que traía  
la cargó de una gran piedra*<sup>28</sup>,  
*con el aire que arroja  
derribó la montera  
y la encina en que pegó  
partida cayó por tierra*<sup>29</sup>.

24 A. Rodríguez Moñino, *Diccionario Geográfico Popular de Extremadura*, Madrid 1965, p. 206.

25 Vv. 129-168 y 839-856.

26 M. Menéndez Pelayo, *op. cit.*, p. 238.

27 Ver Cid, Gutiérrez Macías y Gil. En lo mismo inciden dos romances que he recogido en Ahigal (Cáceres) y en Endrinal de la Sierra (Salamanca).

28 Los romances anteriores dicen: «Puso una piedra en su honda / que pesaba arroba y media».

29 R. Menéndez Pidal, *op. cit.*

La tradición insiste en la fuerza hercúlea de esta mujer. Los de Garganta la Olla enseñan aún hoy el *Tiro de la Serrana*, hueco en el suelo que suponen hecho por una piedra de enormes dimensiones arrojada por su antepasada. Dicen en el pueblo que la pila bautismal de la iglesia fue fabricada de una piedra de doscientas arrobas que cerraba por la noche la cueva de la Serrana y que ella «manejaba como nosotros podemos manejar una naranja»<sup>30</sup>. ¿Y qué decir de sus aptitudes atléticas? Los saltos «de peña en peña» de los romances son, en opinión de los veratos, zancadas de la Serrana, que, colocando su pie derecho en el fondo del valle, «ponía el izquierdo en la cúspide de un cerro que hay enfrente, a un kilómetro de distancia...»<sup>31</sup>. La misma concepción popular hace que en la persecución del caminante aparezca la Serrana con caracteres de animales, a la que no es ajena alguna variante del romance<sup>32</sup>.

3. Las serranas medievales son portadoras de un bastón o garrota que, cuando llega al caso, utilizan para su propia defensa. Pero los romances de la Serrana de la Vera presentan a ésta armada con una honda, unas flechas<sup>33</sup>, una ballesta<sup>34</sup> y una escopeta, no insertándose en ninguno de ellos el uso de la cayada. Empleando un sistema típico en la investigación etnográfica, veremos que las técnicas más rudimentarias corresponden indudablemente a las versiones más antiguas del romance. La honda, que se encuentra en el romance de Azedo, es probable que coexistiera con la garrota que se adivina en las serranillas hoy desaparecidas y en las que se fundamentan los romances posteriores.

4. La Serrana lleva a su cueva al caminante y allí le prepara una cena de «perdices y conejos» por ella cazados. Luego obligará al viajero a pagarle el servicio prestado, al igual que la no menos conocida *Serrana de Tablada*:

30 P. Hurtado, *Narraciones extremeñas*, Cáceres 1902, pp. 70-74.

31 P. Hurtado, *op. cit.*, p. 72.

32 J. Caro Baroja, *op. cit.*, p. 280.

33 G. Azedo de la Berrueza, Romance citado.

34 Romance indicado por Menéndez Pidal.

Díxome la moza:  
—Pariente, mi choza,  
el que en ella posa  
conmigo desposa  
o dame soldada<sup>35</sup>.

Ese mismo carácter se ve en la Serrana de la Vera cuando impone o fuerza al caminante a un pago en forma de goce sexual:

... y me hace acostar con ella<sup>36</sup>.

5. Existe una coincidencia general a considerar a la Serrana de la Vera como portadora de una belleza esteriotipada. Pero si entresacamos de los romances, vemos que esta mujer está lejos de ser un modelo de beldad y de delicadeza, sin ni tan siquiera la bonachona consideración de Lope de Vega, que la hace «un poco fornida de persona». Vélez de Guevara crea una Serrana de gran exquisitez, sin duda para adaptarla al papel de la comediógrafa Jusepa Vaca, su amiga personal<sup>37</sup>. La complexión robusta de la Serrana queda bien marcada en un romance por mí recogido en Endrinal de la Sierra (Salamanca), en el que se destacan algunas de las medidas del cuerpo de la montaraz mujer:

Con vara y media de pecho,  
cuarta y media de muñeca<sup>38</sup>.

La apariencia de «yeguariza trefuda»<sup>39</sup> de la serrana del Arcipreste la encontramos también en la Serrana de la Vera, según el anterior romance salmantino. Quedan claros sus caracteres animalísticos:

35 J. Ruiz; 'Cantigas de Serranas', en *Cancionero y Romancero Español*. Recopilación de Dámaso Alonso, Madrid 1966, p. 62.

36 Romance de Azedo.

37 R. Menéndez Pidal, *op. cit.*, p. 16.

38 V. Gutiérrez Macías, *op. cit.*, pp. 244 ss.

39 M. Menéndez y Pelayo, *op. cit.*, p. 328.

De medio cuerpo p'arriba  
tiene figura de fiera;  
de medio cuerpo p'abajo  
tiene figura de yegua<sup>40</sup>.

Volvamos a Vélez de Guevara. Parece que su obra gozó de gran popularidad en el siglo XVII, llamando la atención general sobre el tema que trataba en la comedia: la desgraciada vida de la Serrana y su trágico final. Sin embargo, el argumento de la comedia no parece que coincidiera en demasía con el conocimiento que los extremeños, especialmente los habitantes de La Vera, tenían de la maléfica mujer. Esto fue lo que movió a Azedo de la Berrueza a poner en claro, siempre según él, la *historia* de la Serrana. En su libro citado, en el capítulo XX, diserta «*Del valeroso y determinado ánimo de la Serrana de la Vera*». Señala que «esta determinada Serrana, natural de Garganta la Olla... y hija de muy honrados padres...», era tan hermosa que a todos enamoraba. Puso los ojos en un joven del pueblo, encontrándose con la oposición de sus padres, que buscaban para ella otro casamiento. La Serrana no aceptó los consejos paternos y tomó la resolución de huir de casa, «... como perdida, a habitar entre las fieras que esconde la grande fragosidad de aquellas altas y empinadas sierras... Dio esta hermosísima mujer, habitadora de los montes, en salirse a los caminos con una flecha al hombro y una honda en la mano...». A los viajeros los invitaba a comer y a dormir con ella en su cueva y, tras robarles lo que llevaran, los mataba para no ser descubierta<sup>41</sup>.

La Serrana de Azedo presenta algunas diferencias y algunas coincidencias con las comedias de Vélez y de Lope. La protagonista no es una ilustre dama de Plasencia (Lope), sino una joven aldeana de Garganta la Olla que huye al monte (Vélez), no por desengaños amorosos (Lope y Vélez), sino por problemas familiares derivados del desacato a la autoridad paterna. Azedo, más que acercarnos a la personalidad de la Serrana, lo que hace es darnos una relación de hechos abstractos. No parece que el escritor de la Vera haga otra cosa que poner en prosa un pésimo romance de su propia autoría que nada tiene que ver con el que inser-

40 Romance de Endrinal de la Sierra.

41 M. Menéndez y Pelayo, *op. cit.*, pp. X-XI.

tamos al principio de este trabajo <sup>42</sup>. En él queda resumida la causa de la huida de la Serrana:

*De su casa se salió  
y habitó en aquellas sierras,  
sólo por no dar gusto  
en un empeño que intenta.*

*Quiso casarse con quien  
sus padres se lo reprueban,  
y como desesperada  
se fue a vivir con las fieras* <sup>43</sup>.

Azedo no duda en darle un carácter histórico a la Serrana, iniciando así el *movimiento historicista*, que tendrá su punto álgido en los siglos XIX y XX. El acepta la existencia de la mujer en un tiempo cercano a la aparición de su libro, dando a entender que conoce hasta los nombres de los padres de la muchacha, aunque no los hace público «por no ser al caso». Esto contrasta con su otra afirmación sobre la antigüedad del romance. Lo poco conciso en los detalles de su explicación de la Serrana, que se opone a la minuciosidad con la que despacha otros apartados del libro, nos evidencia un *truco* o *licencia* empleado por el autor para hacernos patentes unos conocimientos respecto a ella de los que carece realmente <sup>44</sup>.

Señala Menéndez Pidal que en el siglo XVII la tradición extremeña de la Serrana se diluyó y quedó convertida en un tema novelesco general en el que llegó a olvidarse la mujer y su entorno geográfico. Este es el motivo por el que el drama se modifica y llega, incluso, a ser tratado a lo divino en algunos autos sacramentales: *La Serrana de la Vera* o *La Montañesa*, de Bartolomé Enciso, se representa en 1618, y en el año siguiente se tienen noticias de *La Serrana de Plasencia*, de Valdivieso. Otro auto de ese mismo siglo es *El amante más cruel o la Serrana bandolera*, de autor anónimo, descubierto por el placentino Vicente Pare-

<sup>42</sup> M. Menéndez y Pelayo, *op. cit.*, p. XI.

<sup>43</sup> V. Barrantes Moreno, *op. cit.*, pp. 15-18.

<sup>44</sup> La obra de Azedo no ha escapado a ciertas críticas que la tachan de imaginativa y fantástica.

des y publicado en su libro *Orígenes históricos de la leyenda de la Serrana de la Vera* <sup>45</sup>. Parece que en la misma tradición están inspiradas *Las dos bandoleras*, de Lope de Vega, y *La Ninfa de los Cielos*, de Tirso de Molina.

Hasta el siglo XIX no hay un intento serio para poner en claro la autenticidad histórica de la Serrana. El primero que inicia los estudios en esa época es Cruz Rebollosa. Este erudito era de El Piornal, pueblo por el que también anduvo la Serrana en sus correrías. En un manuscrito fechado hacia 1850, en el que se narra la historia del lugar, dedica un capítulo a *la Serrana de la Vera*, y en él afirma que un sobrino del obispo de Plasencia, don Gutiérrez de Vargas y Carbajal, seduce a la «varonil» e ilustre doncella placentina y la abandona seguidamente, tras lo cual ella huye a las estribaciones de Peña Negra y Burguillo, en la Sierra de Tormantos. Allí dará rienda suelta a sus fechorías, hasta ser descubierta por un pastor. Aunque en este apartado no dice la fecha de los acontecimientos, en otro capítulo intitulado «Corrales de la Venta (de la Serrana)» señala que ésta (la venta) desapareció en 1545, «en la época de la Serrana» <sup>46</sup>, por lo que su existencia histórica correspondería al siglo XVI.

Posterior es el estudio de Vicente Barrantes Moreno, quien recopila anteriores planteamientos y, mediante un análisis muy particular de las comedias de Lope de Vega y de Vélez de Guevara, cree haber demostrado la *verdadera historia* de la mujer que «por amores malogrados cobró tal odio a los hombres, que se hizo salteadora de caminos, y no sólo vencía a los viajeros en sendas lides cuerpo a cuerpo, sino que los llevaba a su cueva, donde después de gozar con ellos los placeres sexuales en fúnebres orgías, los asesinaba sin piedad, señalando con rústicas cruces su sepultura, hasta que la justicia de Plasencia puso fin a sus aventuras en la horca» <sup>47</sup>. Asegura que la Serrana es una ilustre doncella emparentada con casas nobles de Trujillo, Cáceres y Plasencia, y que sus descendientes eran conocidos de Lope. Esta razón de amistad —según Barrantes— fue lo que movió al dramaturgo a desfigurar la his-

<sup>45</sup> Plasencia 1915.

<sup>46</sup> Manuscrito que copia A. Corchón en su *Bibliografía Geográfica Extremeña*, pp. 565-566.

<sup>47</sup> V. Barrantes Moreno, *op. cit.*, pp. 1-2.

toria en lo más importante, como era el trágico final. No aporta el investigador otros datos sobre la mujer, pero no tiene reparos en reconocer el carácter histórico de seductor, don Lucas de Carvajal, en la forma expuesta por Lope. Su deducción arranca de los versos del acto primero, en el que Fulgencio pregunta a Fineo acerca del amante de la Serrana:

*Don Carlos, ¿no es aquel de Talavera  
sobrino de un obispo ya difunto?*

Afirma Barrantes que el «obispo ya difunto», ligado a las altas casas cacereñas, no es otro que el obispo de Plasencia citado por Cruz Rebollosa. Estima, por último, que los hechos aventureros de la Serrana y su ejecución tuvieron lugar poco antes de la retirada de Carlos V a Yuste <sup>48</sup>.

Será Vicente Paredes quien pretenda haber descubierto de manera definitiva la filiación de la Serrana. Dice que esta fantástica mujer «fue doña María de Zúñiga, hija natural del Duque de Béjar, don Albaro, segundo de este nombre». Tal afirmación queda recogida en una ficha que enviara a Menéndez y Pelayo <sup>49</sup>. Pero donde se esperaba una aclaración más completa y concreta, en su libro *Orígenes históricos de la leyenda de la Serrana de la Vera*, Menéndez Pidal no ha encontrado nada, como tampoco yo, que guarde relación con la leyenda <sup>50</sup>. El mismo Pidal rechaza también el argumento de Barrantes respecto a la identidad del seductor <sup>51</sup>.

Los *historicistas* encontraron eco en los posteriores estudiosos sobre el tema. Muñoz de San Pedro sigue fielmente a Barrantes <sup>52</sup>, al igual que hace Gutiérrez Macías <sup>53</sup>. Cortés Vázquez acepta el hecho histórico y, derivado de él, «una leyenda a todas luces deformada por incomprensión» <sup>54</sup>. En Garganta la Olla rara es la persona que no dé nombre y apellido de la Serrana de la Vera. Dicen que se llamó Isabel de Carvajal y que aparece inscrita en un libro parroquial de 1560.

48 V. Barrantes Moreno, *op. cit.*, pp. 19-27.

49 V. Paredes Guillén, *op. cit.* Da cuenta Menéndez y Pelayo, *op. cit.*, p. XIV.

50 R. Menéndez Pidal, *op. cit.*, p. 130, nota 1.

51 *Op. cit.*, p. cit.

52 *Extremadura (la tierra en que nacían los dioses)*, Madrid 1961, pp. 70 ss.

53 *Por la geografía cacereña (fiestas populares)*, Madrid 1968, p. 207.

54 *Viaje literario al norte cacereño*, Salamanca 1953.

El escritor Publio Hurtado fue el primero que intentó aproximar la corriente historicista a la legendaria propiamente dicha. El aceptó el hecho histórico de la Serrana, aunque no dudó en señalar importantes matizaciones:

«... la imaginación popular... sacó su personalidad del campo de la verosimilitud, y llevándola al ilimitado de lo maravilloso hizo de ella un ser sobrenatural, afirmando entonces y repitiendo aún hoy que la parió una yegua; que la piedra con que cerraba su cueva por la noche —que manejaba como nosotros podemos manejar una naranja— pesaba más de doscientas arrobas, y que de dicha piedra se hizo, por haberlo ella dejado así dispuesto, la pila bautismal de la iglesia parroquial de Garganta la Olla. Como prueba de lo extraordinario de su persona, enseñan sus paisanos al caminante que va desde este pueblo a Jaraiz una enorme peña a flor de tierra, de unos doce metros de superficie, en uno de cuyos extremos se ve un hoyo de la figura de un pie, y dicen que es la huella del pie derecho de la Serrana, que al plantarlo allí, ponía el izquierdo en la cúspide de un cerro que hay enfrente, a un kilómetro de distancia... En el término de Piornal también se enseña al curioso la célebre cueva, por ella convertido en rústico gineceo, donde dio vida a tanta torpeza y desafuero, y muerte a tanto incauto y deseoso» <sup>55</sup>.

## II. ANÁLISIS DEL MITO

No soy el primero en afirmar el sentido evemerista de la Serrana de la Vera, hartó frecuente en gran número de eruditos extremeños. Estos, al igual que el vulgo, hacen a la Serrana una mujer con existencia real, sin importar lo más mínimo o analizar los atributos sobrehumanos o hechos que se le atribuyen, hechos que entran en la esfera de otros seres reconocidos como míticos.

Leite de Vaçoncelos señalaba que las leyendas, las creencias y las costumbres autóctonas sufren modificaciones por contacto con otras

55 *Op. cit.*, pp. 70-74.

civilizaciones. El folklore de las distintas regiones peninsulares se halla repleto de estas creencias y costumbres añejas, algunas de origen prerromano, resultando sumamente complicado, si no imposible, separar los posteriores añadidos y dilucidar cuáles han sido sus modificaciones. Vamos a tener ocasión de comprobar que la Serrana de la Vera, tal y como hoy se nos presenta, es una figura mítica que ha sufrido algunas transformaciones en el tiempo, pero en la que, a pesar de todo, se hallan muchos elementos del mito primitivo.

Caro Baroja y José María Blázquez han analizado desde el punto de vista mítico la Serrana de la Vera y resumen las características en siete aspectos. Se trata: 1) de una mujer selvática y montaraz; 2) rubia, blanca, ojimorena y excesivamente bella; 3) viril y cruel; 4) cazadora; 5) que tiene por morada una cueva; 6) reduce a los caminantes, los lleva a su refugio y hace que se enamoren de ella; 7) a estos mismos hombres los mata posteriormente, despeñándolos. En mi opinión, estos datos no son suficientes para determinar por sí solos el sentido mítico de la Serrana. Hay que insistir nuevamente en la influencia que la literatura ha tenido sobre la primitiva leyenda. A un ser femenino y montaraz, tal vez cruel, se le atribuyen hechos que arrancan de un período posterior y que, sin embargo, hoy configuran el meollo de los romances. Incluso el aspecto físico, reseñado en el apartado 2, es el de una mujer de gran feminidad. Su retrato está muy lejos del ambiente en el que se desarrolla la acción y, por otro lado, es el mismo retrato tipo que ya encontramos en el romancero<sup>56</sup>. Igualmente pongo en duda el carácter erótico-criminal con que se la representa en algunos romances, y lo considero, en cierta medida, como una adición reciente. Yo he recogido leyendas del mismo ciclo en dos lugares de la provincia de Cáceres próximas a la comarca de la Vera. En el pueblo de Ahigal, *la encantá* habita en el sitio conocido por «Huerto de la tienda». En Las Hurdes, junto al Gasco, está el «Cotorro de las tiendas», donde vive *la bravía jurdana*. En ninguno de los dos casos la fantástica mujer se presenta como una maníaca asesina, sino como un guía que aparece en los senderos y atrae a los caminantes, a los que ofrece las numerosas riquezas que esconden en sus moradas. *La encantá* sólo persigue al viajero cuando éste muestra desdén al ofrecimiento que la mujer le hace. Pero aquí

56 B. Gil, *op. cit.*

el caminante logra ponerse a salvo al cruzar un arroyo que separa los límites del territorio de *la encantá*. Menos suerte tuvo el pastor que se cruzó con *la bravía jurdana* y abusó de ella. La mujer le cortó la lengua con las tijeras que previamente le había ofrecido, para que así aquél no propagara la infamia.

Es indudable la relación de estas leyendas con otras de la mitología peninsular. Está claro el paralelismo de *la encantá* con Besandere, genio troglodita vasco<sup>57</sup>, ya que ambas se inscriben a un espacio concreto, determinado por los rayos del sol en el genio que habita las cumbres de las montañas de Mondarain, y por el arroyo en el caso de Ahigal. Pero al mismo tiempo queda patente un entronque común de estos seres citados, incluido la Serrana de la Vera, con Mari, jefe de todos los genios de la región vasca y numen en el que convergen numerosos temas míticos de procedencia indoeuropea<sup>58</sup>. El también origen indoeuropeo de los mitos extremeños que se vienen señalando me lleva a estrechar las relaciones mitológicas de las dos áreas geográficas e incidir en un muy probable idéntico significado originario.

La Serrana de la Vera es un genio de sexo femenino y su nombre se hace acompañar de la denominación del lugar donde vive o de la comarca en la que habita. Es conocida por *la Serrana de la Vera*, *la Serrana de la Cueva* y también solamente por *la Serrana*. Su apariencia física, según los distintos romances, se presenta en dos formas distintas: la primera es la de una bella mujer que ostenta una hermosa cabellera, mientras que en la segunda la observamos como un extraño zoomorfo con apariencia de yegua. En cuanto al primero de los aspectos, del que se hace eco algún que otro romance al hacer lucir a la Serrana «una mata de pelo / que a los zancajos le llega», lógicamente vemos emparentada a la Serrana con múltiples mitos de la Península, tales como las *xanas* de Asturias, las *sireñinas do mar* de las costas gallegas y las *lamias* del País Vasco, teniendo todas ellas como principal ocupación la de peinarse los cabellos dorados. La larga cabellera como símbolo de la virginidad ha llegado hasta épocas recientes en la provincia

57 S. García García, *Flores de mi tierra. Historia, costumbres y leyendas de Ahigal*, Cáceres 1941; J. M. Barandiarán, 'Diccionario ilustrado de mitología vasca', *Obras Completas*, Bilbao 1972, p. 58.

58 J. M. Barandiarán, *op. cit.*, p. 168.

de Cáceres y es fácilmente constatable en la literatura de la Edad Media. Esto se opone claramente al sentimiento erótico que se le achaca a la Serrana, y más bien hay que considerarla asimilada a Diana o a su homónima griega Artemis, también virgen, cazadora y montaraz, según la presenta Homero. Posiblemente los romanos vieron en la Serrana a una diosa semejante a Diana y como tal la aceptaron. Incluso el carácter violento que se presume en la Serrana y que se presenta claramente en los mitos paralelos de *la encantá*<sup>59</sup> y de *la bravía jurdana* es el mismo carácter violento que observamos esporádicamente en Artemis.

Más importante que la anterior apariencia es aquella en la que la Serrana aparece con caracteres propios de yegua. No creo que estemos aquí ante la explicación o resultado de un posible delito contranatura. En los mitos del norte vemos que tanto Mari como las lamias se presentan con las extremidades de peces, aves acuáticas, gallinas y mamíferos diferentes, según el mito se localice en la costa o en el interior. En Arano la figura de Mari es la de un caballo. En la Lusitania se atestigua la existencia de yeguas en época prerromana y en relación con estos animales nos topamos un culto a Zephyro en la misma región. Plinio, Columela, Varrón y Virgilio recogen la leyenda de que en un monte sagrado de la Lusitania el viento fecundaba a las yeguas. Tal monte, en opinión de Silio Itálico, se localiza en tierra de vettones, tierra a la que también pertenece la patria de la Serrana. Este mito del viento fecundador no es exclusivo de la región ni de la Península. Homero dice que los caballos conducidos por Automedón eran hijos de una arpía fecundada por el viento Zephyro. No estaría de más analizar las posibles afinidades de la arpía, mitad mujer y mitad ave, con la Serrana en su aspecto semiantropomorfo.

Por lo dicho en el párrafo anterior se podía pensar en la relación de la Serrana de la Vera con una divinidad adorada en su propia tierra y esta relación es lógico considerarla de parentesco, ya que ella nacería de su madre, una yegua, y del viento, asimilado posteriormente al dios Zephyro. De esta manera, la Serrana sería hija de una divinidad, el viento, equiparable al espíritu, y de una yegua, ciertamente virgen, fecundada por el espíritu. Estamos ante el universal mito de la virgen madre.

59 J. M. Domínguez Moreno, *op. cit.*, p. 117.

Le morada de la Serrana es una cueva de la Sierra de Tormantos. Esta cueva constituye la entrada a su verdadero habitáculo, que está situado en el interior de la tierra. Es, en realidad, el conducto que pone en relación a este genio con el mundo exterior. Para el hombre primitivo la cueva era sinónimo de santuario, constituyendo el «umbral vaginal de la Tierra-Madre, que sirve a ésta para cumplir su función universal eterna y ctónica de dar vida a los seres de la naturaleza»<sup>60</sup>, viéndose aquellos hombres en la necesidad de crear mitos como los que estudiamos. Mas no sólo era sagrada la cueva, sino también el monte que servía de cubierta a la morada del genio y en el que se movía y se presentaba a los humanos. Montes sagrados son abundantes en España y nada impide que interpretemos como tal la Sierra de Tormantos. En la Lusitania la toponimia ha conservado hasta el presente siglo el nombre de Monte de la Diosa para designar la Sierra de Santa Cruz. Montes sagrados en Cáceres son, entre otros, el Monsagro y la Sierra de Dios Padre. No hay dudas de que los montes impresionaron fuertemente la imaginación de los antiguos, tanto por el aspecto majestuoso y solitario como por las riquezas mineras que ocultaban, siendo todo ello la causa de que se les ofreciera culto. El dios habitador del monte entrega voluntariamente las riquezas minerales a todos los hombres, pero a veces estas riquezas son guardadas por estas divinidades en lo profundo de sus antros —como se vio en algún mito análogo al de la Serrana— para ofrecerlas solamente a quienes se consideran merecedores de ellas.

Justino<sup>61</sup> habla de un monte sagrado en Galicia. Dicho monte implicaba la existencia de un *genius loci* o *numen loci*: divinidad vinculada al rayo y a la tormenta, que habita en lo más alto, deidad que, al decir de Leite de Vasconcelos, es el mismo Júpiter. Precisamente entre los atributos de la Serrana está el fraguar tempestades, pues no de otra forma se interpretan los versos de inspiración popular que Vélez pone en boca de Pascuala:

60 J. M. Gómez Tabanera, 'La caverna como espacio sagrado en la Prehistoria humana', en *B.I.E. Hoyos Sainz*, Santander 1973, p. 113.

61 *Epist. Histo Phil.*, XLIV.

(...) y el cura  
como ñublo te conjura  
a la puerta de la ygrexa<sup>62</sup>.

El relacionar a la Serrana con tempestades no es algo que sorprenda lo más mínimo, ya que tal relación se da con frecuencia en otros mitos peninsulares del ciclo. Mari fragua nubes tempestuosas en las montañas vascas y la misma ocupación tienen el *ñubero* asturiano y el *nubero* gallego. Las tormentas en forma de pedrisco, de rayo y de grandes lluvias, capaces de desbordar las gargantas, son mandadas por la Serrana contra los que no cumplieron con ella dedicándole el culto merecido. En estos casos al pueblo sólo le quedaba el recurso de disminuir el poder destructivo de las tormentas mediante el conjuro y el empleo de otros medios eficaces. Los anteriores versos nos hablan del conjuro que el cura dirige a la nube, que no había dudas de estar dirigida por la Serrana o personificada en ella. De igual manera se recurre a las velas, como las que enciende el sacristán de Garganta la Olla:

(...) cada vez que nuevas dan  
de tu condición ingrata,  
descomulgándote, mata  
candelas el sacristán<sup>63</sup>.

El empleo de velas para alejar las tormentas no era de uso exclusivo de la iglesia. Cuando una nube peligrosa asoma por la cima del monte, todavía en las casas de la Vera se enciende un cirio bendecido el día de las Candelas o que haya alumbrado el monumento de Viernes Santo. Con idéntica finalidad se recurre a la «piedra de rayo», a la milagrosa oración de Santa Bárbara, al toque de campanas, a la quema de hierbas recogidas en San Juan y a la colocación en balcones y ventanas del olivo bendecido el Domingo de Ramos. La cruz levantada en la torre de la iglesia de Garganta no escapa a este significado, e idéntica función de defender las cosechas contra la tempestad tienen las numerosas cruces erigidas en los campos del pueblo, aquellas que los naturales señalan como puestas en los lugares donde la Serrana cometió cada uno

62 Vv. 2707-2709.

63 Vv. 2710-2713.

de sus asesinatos, y que recuerdan aquellas cruces y ermitas que los campesinos del norte levantaron y en las que rogaban devotamente para que Vesajaun no hiciera daño a sus cultivos<sup>64</sup>.

La Serrana, genio terrestre o fuerza telúrica y ctónica, no sólo crea las tempestades en lo profundo de la tierra, sino que también engendra el viento, un viento que fecundará a ella misma, de la que nacerán seres o genios y de los que será madre y jefe. «Reina de las fieras» llama Azedo a la Serrana en el segundo de sus romances, frase que hay que interpretar como que es reina de otros seres con su misma figura, nacidos de su unión con el viento. El poder ctónico y fecundante de la tierra es señalado: la fuerza telúrica en figura de yegua es esposa de su propio hijo.

Pero la Serrana posee otros atributos. Cabe mencionar su gran fuerza, que se refleja en las comedias, en la tradición y en los romances. Señalan que la pila bautismal del pueblo de Garganta la Olla fue hecha con la piedra de doscientas arrobas con la que ella cerraba sin dificultad su cueva. Con gran facilidad arroja también piedras y derriba encinas al golpe de éstas, dejando enormes hoyos en el suelo, como el conocido por «El tiro de la Serrana». Una peña de doce metros de longitud que se veía a flor de tierra se suponía puesta allí por la Serrana.

Estos ejemplos pueden explicarnos la fuerza sobrehumana de la mujer y nos hacen que la relacionemos con mitos y seres mitificados que se constatan en todos los puntos de Europa. El pueblo recurre a lo maravilloso cuando no es capaz de explicarse hechos particulares, como tan a menudo ha ocurrido con los monumentos megalíticos. Algunos menhires fueron abandonados por el diablo en Cataluña, zona de Finisterre y norte de Francia. Arrojan piedras enormes Sansón, Roldán y los «gentiles», que en Extremadura son los moros. También en Francia opera el mítico Gargantúa<sup>65</sup>. En Eljas (Cáceres) la *mora encantada* juega a los «mecos» con moles graníticas como si fueran nueces. El mitificado García de Paredes transportó la pila del agua bendita, de varias toneladas de peso, como si fuera una bandeja, para que su madre no tuviera que

64 R. M. Azcue, *Euskalerrriaren yakintza*, Madrid 1935.

65 J. Amades, 'Mitología megalítica', en *Ampurias*, III, 1941, p. 116; L. Quarre-Rey-bourbon, *Les monuments dans les départements du Nord et du Pas-de-Calais*, Torunai 1896, p. 8; P. Sebellot, *Gargantúa dans les traditions populaires*, París 1883, p. 6.

molestarse. Tal pila se suponía puesta en la iglesia de Santa María de Trujillo por el mismo Hércules.

Unido al lanzamiento y traslado de las enormes piedras, nos topamos las huellas que dejan sobre algunas de ellas estos seres considerados míticos. En la Península abundan los ejemplos. En Roncesvalles se encuentra el corte que Roldán hiciera en una roca con su espada. En una piedra del alto de Andía se ven marcados los dedos del «gentil» que quiso arrojarla sobre el pueblo de Torano. Las huellas de los pies de los «santos» se observan en algunas piedras, así como las de las pezuñas de sus animales. El relicario de la catedral de Coria guarda una huella de la pisada de la Virgen. Cerca de la ermita del Puerto, en Plasencia, se ven en un canchal los pasos de la Sagrada Familia dejados cuando huían a Egipto. Junto al río de Los Angeles (Las Hurdes) se aprecian dos hoyos en una roca, que se creen hechos por las penitentes rodillas de San Pedro de Alcántara. Los devotos de Alcántara taparon con piedras un hueco profundo, ocasionando al caer al suelo la corona de la Virgen de los Hitos. Se supone que algunos grabados de la Edad del Bronce son huellas dejadas por las manos del gentil o del moro. Los ejemplos son numerosos y nos llevan a no considerar como un caso aislado, ni tan siquiera en Extremadura, la huella que el vulgo cree hecha por la Serrana en una piedra que se encuentra en el camino de El Piornal. Puesto un pie en dicha piedra, con el otro alcanzaba la cúspide del monte, en lo que se ha dado en llamar el «paso de la Serrana».

Los romances se fijan en la agilidad de la Serrana para saltar de peña en peña durante la persecución del fugitivo de la cueva. Pero a pesar de la agilidad y del extraordinario *paso* no logra atrapar al caminante. Esto resulta impensable si se compara la capacidad corredora de la Serrana con los pasos naturales del fugitivo. Observamos que, de repente, la Serrana se detiene de una manera inexplicable y se conforma con arrojar una gigantesca piedra y con intentar atraer al pastor con engaños. Hay que buscar, ya que existe, una causa que obligue a pararse a la mujer. Al hablar de Besandere y de *la encantá* señalé que estos dos seres estaban adscritos a un espacio limitado por un arroyo, en el caso de Ahigal, y por los rayos del sol, en el mito vasco. Su presencia se reduce a un área de la que no puede salir. El arroyo salvó al molinero ahigalense de caer en manos de *la encantá* y, de igual manera, el escapar de las sombras libró al pastor de Itxasu de ser víctima de

Besandere. No hay dudas de que tanto la Serrana de la Vera como los dos seres anteriores están adscritos a un lugar determinado, que en el caso de la primera es la Sierra de Tormantos. Ella ha de residir forzosa-mente dentro de este espacio rodeado por unas fronteras no excesivamente claras, pero que, en mi opinión, se extienden por un círculo aproximado de dos leguas de radio partiendo desde la cueva, centro del círculo y morada de la Serrana. Algunos romances hablan de las dos leguas que llevaba andadas el fugitivo cuando se vio sorprendido por la mujer que, sin embargo, no pudo continuar su carrera. El cruzar los límites del espacio sagrado puso fuera de peligro al escurridizo pastor, por cuanto que la Serrana estaba imposibilitada a traspasar sus fronteras. Si bien su presencia está vedada fuera del entorno sagrado, nada impide que la influencia o la fuerza de sus actos llegue más lejos y recaiga sobre las personas que habitan en sus proximidades. La piedra que arroja sale fuera del recinto sagrado y ya se vio cómo las tormentas, fraguadas y dirigidas por ella, van más allá del monte en que habita.

Resumiendo lo anterior, me atrevo a asegurar que la Serrana de la Vera es un ser mitológico femenino que se presenta en forma de mujer de larga cabellera o en figura antrozoomorfa, con mitad de mujer y mitad de yegua. Está adscrita a un recinto sagrado circular de dos leguas de radio, partiendo desde la cueva, que es su habitáculo y el lugar donde fragua o por donde salen las tempestades que dirige contra los que no cumplieron para con ella. Fecundada por el viento, la Serrana de la Vera se convierte en madre y reina de otros seres o genios semejantes a ella. Entre sus atributos principales destacan la capacidad para trasladarse en largas distancias merced a un solo paso, así como la gran fuerza, siendo capaz de lanzar o mover enormes masas de piedras. La Serrana de la Vera, con las variantes que se dan en otros lugares distintos a Garganta la Olla, no es más que una personificación de la Tierra, como se desprende del dominio que ejerce sobre las fuerzas terrestres y de su identificación con los fenómenos supuestamente venidos del interior del planeta.

JOSE MARIA DOMINGUEZ MORENO